

EN LAS BODAS DE PLATA

del Excmo. Sr. GUILLERMO ESCOBAR VELEZ

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

"Benedixisti, Domine, terram tuam".

Salmo 84.

PROLOGO

La primera vez que Jesucristo se inmoló sobre el ara en el territorio de la futura Gran Colombia fue en la comarca de vuestra Diócesis, Excmo. Señor. En aquel día se conmovió el aborigen con la dulzura del Sacrificio y con la ternura de una Madre común del conquistador y del indígena. En San Sebastián de Urabá y en Santa María la antigua del Darién empezaron las primicias del culto en el continente latinoamericano. Aquel grano de mostaza sería con el correr de las centurias el árbol gigantesco del catolicismo en Hispanoamérica.

Con Ojeda y Nicuesa y con Vasco Núñez de Balboa vinieron los sacerdotes diocesanos Vera y Sánchez, amen de algunos sacerdotes franciscanos. A Balboa lo acompañaron desde San Sebastián de Urabá, en territorio de vuestra jurisdicción, al descubrimiento del mar del sur. Tremolaron los estandartes de Nuestra Señora y de Castilla cuando Balboa tomaba posesión del océano en nombre de los reyes católicos, mientras el sacerdote acompañante entonaba el Te Deum al Señor de los mares.

Cuando Lutero rompía la unidad europea y divorciaba la cultura de la historia, España, dominada la morisma con la capitulación de Granada, abría para la Iglesia y para la civilización romanas, los caminos de las Indias con misioneros audaces y heroicos que levantaron los primeros campanarios al lado de capillas de paja bajo los cuales empezó a realizarse la democracia cristiana porque todos, indígenas y peninsulares, podían rezar la misma plegaria, de la caridad universal: "Padre nuestro que estás en los cielos". El clero secular, los franciscanos, los dominicos y los jesuitas se vinieron de la península en galeones, carabelas y bergantines, bajo el patrocinio de los Reyes Católicos y con la bendición del pontificado romano.

La primera sede de América continental, antes de Cuzco y Santa Marta y Santa Fe, fue erigida en Urabá bajo la amorosa tutela de la Virgen andaluza Santa María la Antigua, maternal y protectora como la Virgen del Pilar, de Covadonga o Monserrat. Por voluntad de León X el primer pastor del continente, desde Texas hasta las pampas y Magallanes, inició su apostolado y jerarquía en territorio de Antioquia. Parece como si la adorable Providencia hubiese destinado a esta región de la patria para ser semillero de pastores, de sacerdotes, de misioneros, de vírgenes consagradas al Cordero no solo en Colombia sino fuera de los confines de la república y aun en otros continentes.

La primera capilla que fue sede episcopal, fue igualmente la primera universidad suramericana, porque ahí se predicaban los principios del derecho internacional y las normas de la legislación de Indias, originarias de los canonistas teólogos salmantinos. Allá empezó igualmente, por obra de los franciscanos la pedagógica recuperación espiritual del aborigen. A la Iglesia debe la América nuestra el que el indio se haya bautizado, haya mezclado su sangre con la hispana, haya pasado de la sombra de la muerte a la luz de la revelación y se hayan aglomerado los bohíos en torno a una ermita y una espadaña que los convocaban para la filiación divina y la dignidad humana.

La primera conferencia de ministros de educación de las repúblicas americanas, celebrada en Panamá en 1943, resolvió: "Dejar constancia expresa del reconocimiento que deben las generaciones actuales de América a los educadores que en sucesión ininterrumpida, han venido laborando por la elevación espiritual del continente desde los primeros días de la conquista, en que los misioneros católicos, con la Cruz en una mano y el libro del maestro en la otra, pusieron los fundamentos de la civilización cristiana".

Capitulares de la primera diócesis fueron preconizados por el Papa para las tierras de Pizarro y para León en Nicaragua.

LA DIOCESIS

Débese al Papa Pío VII, mártir de los derechos de la Iglesia, la creación de la diócesis de Antioquia, junto a las brisas del Tonusco y en las soleadas márgenes del Cauca donde Robledo sembró esta urbe para la inmortalidad. Y es obra de la genial diplomacia del Libertador, en tiempos de la Santa Alianza, el que la Corte Pontificia haya designado al Sr. Estévez como primer obispo diocesano, quien por las dificultades y razones que conoce la historia no tomó posesión, correspondiéndole la primera mitra a Monseñor Garnica y Orjuela. Ambos fueron próceres y ambos tutelaron los fueros de la patria y rubricaron las actas de la independencia nacional.

Desde entonces los prelados vivieron en el apostolado fecundo y en la siembra sobrenatural desde el golfo hasta el Ruiz y desde las cordilleras del Tolima hasta las márgenes del Magdalena. Las dificultades provocadas por el patronato y por las leyes injustas de la pasada centuria contra los fueros de la Iglesia, al propio tiempo que la inmensa extensión del territorio, la carencia de sacerdotes colom-

bianos y la permanente zozobra por la posibilidad del traslado de la Diócesis, fueron parte para que los preladados hubiesen tenido una vida de incalculable sacrificio y de tremendas angustias interiores.

Pero ellos trabajaron en la evangelización, por la civilización y por la patria. En 1813 firmaban el dictador Del Corral, José Manuel Restrepo y José María Ortiz el acta de la independencia en los flancos de la catedral. Y el día de su terminación Juan Esteban Martínez daba libertad a los **esclavos de la Virgen** contrariando disposiciones legales y negativas del gobernador de entonces.

Garnica el prócer; Gómez Plata, legislador, organizador y jefearca; Riaño, mártir de la fe; Joaquín Guillermo González, obligado a huir de su grey, orador insigne; Rodríguez, sencillo y apóstol; Rueda, prelado progresista y reorganizador del seminario; López de Mesa, enérgico y brillante; el Señor Crespo, inteligente y abnegado; el Excelentísimo Sr. Cristóbal Toro, tan santo como tan sabio y prudente y Monseñor Andrade Valderrama, eminente en las ciencias divinas y humanas, os precedieron Excmo. Señor en la sede episcopal.

El Colegio de los Jesuítas y el templo parroquial en que su elocuencia y el barroco sembraron la luz del Evangelio y enseñaron las ciencias de la cultura europea de entonces, fue cerrado por orden del Rey peninsular en pragmáticas sanciones, que había de precipitar más tarde la organización de los países independientes contra el despotismo de jefarcas dominados por las sectas. Y el Colegio de San Fernando, seminario y semillero de hombres ilustres, había de formar, en las primeras décadas del siglo pasado, a esa generación de sacerdotes, de escritores y de conductores que son gloria de la patria. Bajo las arcadas del colegio seminario, Gutiérrez González, el Virgilio cristiano de nuestras montañas; Aranzazu, iniciador con Ospina de la vida universitaria en Antioquia y presidente del país; el gran Berrío, estadista y cruzado a quien Antioquia debe su orientación hacia el trabajo y el hogar; Gómez Angel y otros inmortales, rezaron en esta basílica, se educaron en aquellos claustros y recibieron de labios de los pastores y catedráticos la lumbre de la fe ilustrada y el acicate para campañas en beneficio nacional y en defensa de los principios tutelares de la patria, que son principios cristianos.

Dean del capítulo metropolitano de la ciudad madre de Antioquia fue José Miguel de la Calle, prócer igualmente. Y escritores de nombradía, poetas y estadistas se formaron aquí bajo el signo de la Cruz y el mecenazgo de los pastores.

Fue la Sede antioqueña, matriz y sabia fecunda de dos provincias eclesiásticas actuales y desde acá partieron los preladados y los sacerdotes a crear pueblos, a civilizar indígenas, a levantar el nivel moral y económico de los mineros, a suscitar empeños patrióticos por las vías de comunicación, la fundación de hospitales, la creación de escuelas, la organización de resguardos bajo tutela sapientísima y la orientación espiritual y patriótica de los hogares de Antioquia la grande.

Con razón se ha dicho que la ermita de paja aglutinó los bohíos; que la Iglesia parroquial posterior creó los municipios y que la Catedral fue norte y guía para todas las gentes diseminadas entre las dos cordilleras de los Andes y en los litorales de ambos océanos.

EL PASTOR

Revestido con los ornamentos de la Jerarquía, os presentáis en la cátedra episcopal como quien tiene la plenitud del sacerdocio por derecho divino, bajo la autoridad del “dulce Cristo de la tierra” como llamó Dante al Soberano Pontífice.

La tunicela, la dalmática y la casulla simbolizan aquella plenitud.

Las caligas del pastor indican a los fieles que su prelado está pronto en la eficaz resolución de evangelizar en toda la comarca que Roma Pontifical le asignara el día de su promoción.

La Cruz pectoral es la coraza de la fe, el recuerdo del Calvario y de los mártires que empurpuraron la tierra por predicar su santo nombre.

Desposado con su diócesis, el anillo episcopal es el emblema de la alianza del obispo con su grey y el sello de la paternidad espiritual.

Signo es el báculo de la triple autoridad legislativa, judicial, coercitiva, unidas al magisterio en nombre del Espíritu Santo. Se curva el cayado hacia adelante para indicar su mensaje de atracción y conquista; y es enhiesto como la vara de un regidor con divina autoridad y por sobrenatural encomienda.

Al consagraros os dijo el metropolitano: “Abunde en él la constancia de la fe, la pureza del amor, la sinceridad de la paz. Sean por tu gracia bellos sus pasos para evangelizar la paz y tus bienes. Dale, Señor, el ministerio de la reconciliación con palabras y obras en virtud de señales y prodigios. Sea su lenguaje y predicación no persuasión de la sabiduría humana sino manifestación del espíritu y virtud. Dale, Señor, las llaves del reino de los cielos para que use y no se gloríe del poder que le otorgas para edificación, no para destrucción. Lo que atare en la tierra, átese en el cielo; lo que desatare en la tierra, desátase en el cielo. A quien retuviere los pecados, reténgasele; a quien los perdone, perdónesele.

“Quien le maldijere, sea maldito y el que le bendijere, llénesse de bendiciones. Sea el siervo fiel y prudente, a quien constituyas, Señor, sobre tu familia para que oportunamente los alimente y se muestre hombre perfecto. Sea solícito, activo y fervoroso de espíritu; aborrezca la soberbia, ame la humildad y la verdad, ni se aparte de ella jamás vencido por lisonjas o por temor. No de las tinieblas por luz, ni la luz por tinieblas, ni diga bien al mal, ni mal al bien. Sea deudor a sabios e ignorantes para que saque fruto del provecho de todos. Dale, Señor, la cátedra episcopal para gobernar tu Iglesia y el pueblo a él encomendado. Séle autoridad, poder y firmeza. Multiplica tu bendición y tu gracia, para que por tu misericordia sea apto siempre para implorarla y por tu misma gracia pueda ser devoto”.

APOLOGIA

Dentro de las características de un pastor está comprendida su metodología de conquista espiritual. Hemos tenido en Colombia pre-

lados de una erudición y jerarquía sorprendente como la de Monseñor Mosquera, nutrido de raíces patrísticas y de jugos evangélicos, soberano expositor y apologista de las verdades cristianas y de los derechos de la Iglesia, conculcados entonces por las sectas y la persecución oficial. Fue el jerarca sapientísimo y el mártir del testimonio entre sus compatriotas, como fueron testimonio y martirio las vidas de Monseñor Riaño y de Monseñor González, antecesores en vuestra sede.

Prelados cuya virtud fue la prudencia y cuyo destino fue la encomienda de darle contornos a la vida intelectual y cristiana de la patria como Monseñor Arbeláez, Monseñor Herrera y Monseñor Cayzedo. Pastores santos y sabios nutridos de filosofía y teología en la ciudad eterna y saturados de virtudes heroicas que parecen predestinarlos a los altares: tales Monseñor Perdomo y Monseñor Toro. Jerarcas de la educación cristiana que sembraron para la eternidad instituciones que hacen patria y ennoblecen con la sabiduría y la ciencia el alma de las juventudes, como el Señor Salazar y el Señor Montoya en Medellín, para no mencionar sino algunos de los que han ocupado sedes en Colombia y han ido a recibir el premio de sus desvelos y fatigas.

Hace 25 años os consagró el Excmo. Sr. Cayzedo cuya historia se conjuga con casi media centuria de la arquidiócesis y cuya vida immaculada, patriotismo indeficiente y unción sacerdotal son paradigma de pastor.

Desde los bancos del seminario os conocimos y admiramos. Desde entonces el sentido común de superiores y seminaristas pronosticaba para vos silenciosamente una mitra que es una corona de espinas y un báculo que es el pesado bastón del peregrino. En el seminario mayor y en el menor de la sede metropolitana, habéis sido profesor de buenas maneras sacerdotales, sacerdote de carácter y de valerosa orientación, de inquietudes por las ciencias humanísticas, teológicas y pastorales y vuestro porte sacerdotal, una escuela y una conciencia.

Vuestra oratoria ha tenido la unción de Monseñor Cayzedo y la elegante dicción y señorío aprendidos en clásicos y místicos sagrados. Hidalgo y sincero en las relaciones con los superiores; franco y abierto en el sentir y en el obrar; fuerte con serenidad y dúctil sin doblegaros a compromisos o equilibrios, pudisteis pasar del seminario a la Pontificia Bolivariana, dejando en ambos planteles una huella de madurez, sinceridad y apostolado, enardecidos por la piedad sólida y un triple amor a la Eucaristía, a Nuestra Señora y a las almas encomendadas a vos por la obediencia. Cuando la Santa Sede os nombró pastor y padre, los estudiantes de la Universidad y los profesores festejaron jubilosos vuestra consagración quedando naturalmente heridos por la tremenda separación de una paternidad espiritual, cultural y pedagógica, que se había confundido con la entraña misma de la sutil armadura interior del espíritu bolivariano.

Después vino la siembra a este lado del Cauca, a orillas del Tonusco, hasta el Penderisco y más allá de la cerrazón de Abibe rota por la arteria via] que nos conduce al mar Caribe.

Catecismo y misiones, confesonario y predicación, organización y consejo; visitas pastorales por el extenso territorio de Urabá; fomento del culto a la Sagrada Eucaristía y a Nuestra Señora tan tiernamente amada por vos, son ya un programa episcopal.

Pero vuestra obra predilecta ha sido el trabajo por el pre-seminario de Cañasgordas en el que habéis puesto todas las complacencias y empeñado vuestra caridad de Pastor y vuestro noble influjo sobre tantas almas que han recibido vuestra dirección, vuestros consuelos o vuestro reclamo paternal.

Los primeros viernes, el congreso mariano, el congreso catequístico y la actual misión diocesana son un apostolado profundo sobre tantas almas sedientas de verdad, de tranquilidad, de perdón y de calma interior.

Sobre territorios desolados por la violencia os habéis lanzado escudado por vuestra esperanza y vuestra caridad hasta el vivac de enemigos preparados para la matanza fratricida y habéis logrado incomparables batallas por la paz, silenciosas y fecundas.

Y ahora vuestro corazón, vuestra vocación y vuestra formación, os impulsan a levantar la fábrica del seminario mayor en terrenos propicios y saludables para los nuevos levitas. Os faltan numerosos sacerdotes todavía no obstante que en Santa Rosa, en Santa Fe y en Cañasgordas se preparan los futuros misioneros y evangelizadores de la paz de Cristo en el reino de Cristo. Pero como tenéis fe, esperanza y caridad y confiáis en la amorosa protección omnipotente de la Inmaculada Señora de Chiquinquirá, el Buen Pastor os dará segadores de la mies para llevarlos a la antigua diócesis y al territorio del Golfo, por donde empezó la cultura cristiana de la América Latina y principió la jerarquía continental.

La palabra del sacerdote que hoy os acompaña desde la cátedra sagrada en la conmemoración jubilosa de vuestras Bodas de Plata es también una encomienda del venerable capítulo diocesano, de vuestro metropolitano muy querido, de vuestros compañeros en el sacerdocio y de las directivas, claustro y universitarios de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Ad multos annos, Excelentísimo Señor.

